

# ANTOLOGIA

# THE HISTORY OF THE

# ROYAL SOCIETY OF LONDON

# FROM ITS FOUNDATION TO THE PRESENT

# BY JOHN VAN DER HAEGHE

# WITH ILLUSTRATIONS BY

# JOHN VAN DER HAEGHE

# AND

# JOHN VAN DER HAEGHE

A) *Širīm.*

1. ORACION DE MEDIANOCHE (\*)

(30: *Tiqqûn hāšôt*)

La lluvia nocturna, el huracán...  
de espesa nube cubrían la ciudad,  
pequeña ciudad durmiente,  
anegada de agua y de fango. <sup>1</sup>

5. Las oscuras callejas están silenciosas,  
continuamente cae el aguacero,  
y las casas, inclinadas, casi para hundirse  
se vuelven negras por todas partes.

Y como un pobre huérfano, al que olvidan  
10 en el hospicio dar abrigo,  
así ellas, desprovistas de tejado,  
se hunden y gimen en silencio.

Parece que, calladas, urden  
e idean maliciosos planes  
15 ¿Acaso piensan destruir el fundamento  
sobre lo que todo descansa?

---

(\*) La inalterabilidad de la naturaleza, su impasibilidad frente a la desgracia humana, su inadecuación al eterno dolor judío hacen que la lluvia otoñal, siempre aborrecible, con cuya descripción comienza el poema, dé el adecuado marco natural a la pequeña ciudad, no menos aborrecible.

La primera estrofa describe la naturaleza de la ciudad; la segunda su arquitectura: las casas no están ordenadas en fila, sino en desorden, y con las paredes inclinadas. Es una descripción típica de Bialik siempre que habla del *ghetto*.

<sup>1</sup> Sal. 69<sup>3</sup>.

El aguacero cae y por las paredes corre  
 como un torrente de abundantes lágrimas;  
 los tejados van a derrumbarse;  
 20 toda la ciudad gime y llora.

Los que duermen en tinieblas  
 maldicen, en sueños, lo de ayer y hoy.  
 ¡Oh!, sosiego para los desgraciados del mundo.  
 ¡Mira!, pueblo de pesado yugo, qué hermoso es este sueño!

25 A través de los muros agrietados,  
 penetra en viento y cuaja la sangre,  
 ¡Ay! ¿quién sabe si no es un hermano inocente el que perece  
 por una maldición encerrada allí?

Ni una sola estrella queda arriba,  
 30 ni destello de luz, ni reflejo de poder.  
 Sólo una ventana se ilumina todavía:  
 un judío se levanta para la oración de medianoche.

(*Kol Kitbê*, p. 18)

*Traducción de Santiago Benavente Robles*

## 2. ESTA NOCHE TE HE ESTADO ESPIANDO

(46: *Ha-laylā<sup>h</sup> 'ārabtī*)

Esta noche  
 te he estado espiando en tu aposento,  
 y te ví desolada y silenciosa.  
 Los ojos consternados,  
 5 en la ventana  
 requerías tu alma extraviada.

Requerías  
 ese amor que tu juventud merece...  
 No veas, mi amada,  
 10 que, cual paloma tímida,

en tu ventana  
 revolaba mi alma atormentada.

(*Kol Kitbê*, pág. 30)

*Traducción de Juan Esquivias, S. I.*

### 3. APENAS UN RAYO DE SOL

(47: *Raq qaw šēmeš 'eḥād*)

Apenas un rayo de sol  
 te acarició,  
 y repentinamente, orgullosa,  
 te sentiste mayor;  
 5 se abrió el encanto de tu carne  
 madura, como vid fecunda.

Apenas una tormenta nocturna  
 te rozó,  
 y se ajó, agostado,  
 10 tu fruto inmaduro;  
 y perros perdidos por tu encanto  
 olfatearán desde lejos tu carroña.

(*Kol Kitbê*, pág. 30)

*Traducción de Juan Esquivias, S. I.*

### 4. HE LANZADO A LOS VIENTOS MI GEMIDO

(48: *Zāritī lā-rú'ḥ 'anḥāṭī*)

He lanzado a los vientos mi gemido:  
 de mis ojos la arena sorbió el llanto.  
 ¡Ay!, viento, si te encuentras con mi hermano,  
 que un tizón de humo, dile, es lo que soy;  
 5 y que de luz la fuente, que en mí había,  
 se me ha ido secando gota a gota;  
 era un fuego encendido el corazón,  
 y se ha ido extinguiendo poco a poco.

- Mi fuente se ha trocado en una herida:  
 10 ¡fluye apenas y mana lentamente;  
 secreto el corazón despide el humo,  
 entre sangre y cenizas revolcado.

(*Kol Kitbé*, pág. 30)

*Traducción de Juan Esquivias, S. I.*

### 5. ESTRELLAS QUE LUCEN Y SE EXTINGUEN

(49: *Kókābīm m<sup>e</sup>šišīm w<sup>e</sup>-kābīm*)

Estrellas que lucen y se extinguen,  
 hombres en la oscuridad hundidos.

Fíjate en todo

—y en mi corazón—:

- 5 ¡tinieblas, amigo mío, tinieblas!

Sueños que verdean y se ajan,  
 florecientes y marchitos corazones.

Fíjate en todo

—y en mi corazón—:

- 10 ¡escombros, amigo mío, escombros!

Y todos a la luz alzan su ruego,  
 y en la oración los labios se marchitan;  
 se hacen largas y cansinas las palabras,  
 sin cesar repetidas, reiteradas.

- 15 Y las noches... ¡horror!, qué perezosas...  
 Si hasta la falsa luna traicionera,  
 cansada ella también y adormecida,  
 en medio del sopor anhela el día.

(*Kol Kitbé*, pág. 30)

*Traducción de Juan Esquivias, S. I.*

6. SOLO (\*)  
(56: *L<sup>e</sup>baddî*)

Todo lo arrastró el viento, todo lo transformó la luz,  
vibró en sus alboradas un canto nuevo,  
pero yo, tierno pajarillo, he quedado olvidado  
bajo las alas de la *š<sup>e</sup>kínā<sup>h</sup>* <sup>1</sup>.

- 5 Me quedé solo, solo, y la Divinidad,  
con su ala derecha rota, pasó vacilante rozando mi cabeza.  
Mi corazón sabía que temblaba por mí,  
por su hijo unigénito <sup>2</sup>.

Ha sido desterrada de todos los rincones.

- 10 Sólo un ángulo oculto, pequeño y desolado quedó:  
el *bêt ha-midrās* y en sus sombras se esconde.  
Yo quiero estar con ella en la estrechez.

Y cuando mi corazón me lanza a la ventana, a la luz,  
bajo el ala, la estrechez del lugar me contraría <sup>3</sup>.

- 15 Ella reclina mi cabeza en mi hombro, y sus lágrimas  
corren por las páginas de mi *G<sup>e</sup>mārā*'.

Llora en silencio y en mí se reclina,  
y contemplando su ala rota, dice:

"Todo lo arrastró el viento, todos huyeron de aquí;

- 20 yo he quedado sola, sola..."

Y como el fin de una antigua elegía,  
oración, ruego y temor al mismo tiempo,  
aquel llanto callado sonó en mi oído,  
así aquella ardiente lágrima.

(*Kol Kitbé*, pág. 33)

*Traducción de Santiago Benavente Robles*

---

(\*)Este poema, tanto por su lenguaje como por su contenido, es uno de los más fieles a la tradición de Bialik. En él se hace evidente la soledad del poeta con la *Š<sup>e</sup>kínā<sup>h</sup>* que, como él, tristemente gime. Y llega un momento en que el poeta ve debilitado su ardor por el antiguo espíritu de Israel, simbolizado, siempre, por el *bêt ha-midrās*, y siempre abatida su antigua devoción apasionada.

<sup>1</sup> Presencia providente de Dios cerca de Israel.

<sup>2</sup> Gn. 22<sup>a</sup>.

<sup>3</sup> Cf. Is. 49<sup>20</sup>.

## 7. CUANDO YO MUERA

(64: 'Aḥārē môtî)

Cuando yo muera, así me endecharéis:  
Hubo un hombre, mas ved que ya no existe.

Antes de su sazón murió aquel hombre,  
la canción de su vida se truncó.

5 ¡Ay! en su pecho un canto aún anidaba  
y ese canto por siempre se perdió,  
por siempre se perdió.

¡Oh dolor!, una lira atesoraba,  
una alma bulliciosa y susurrante;

10 cada vez que el poeta la abordaba,  
los arcanos de su alma le decía,  
las cuerdas todas su mano pulsó;  
toda la escala sus dedos tañeron,  
sólo un secreto se ocultó en su pecho,

15 sólo una cuerda muda se quedó,  
muda permaneció.

¡Oh dolor, oh dolor!

Cada día esa cuerda se estremece  
y retiembla en silencio, muda vibra,

20 busca su amado canto redentor,  
languidece, suspira, sufre, anhela,  
como suspira un corazón que espera;  
se templea con recóndita armonía,  
la demora aguantando cada día,

25 mas no llega ese canto renuente,  
¡ay! no llega jamás.

¡Muy grande es en verdad la pesadumbre!

Hubo un hombre, más ved que ya no existe,  
la canción de su vida se truncó.

30 ¡Ay! en su pecho un canto aún anidaba  
y ese canto por siempre se perdió,  
¡por siempre se perdió!

(*Kol Kitbê*, pág. 39)

Traducción de David Gonzalo Maeso

## 8. ACOGEME BAJO TU EGIDA

(69: *Haknîsîni táhat k'enāfēk*)

Acógeme bajo tu égida,  
sé para mí una madre y una hermana,  
tu regazo sea mi apoyo  
y nido de mis plegarias.

- 5 En el amable crepúsculo  
te diré de mis penas la ansiedad;  
dicen que existe juventa,  
mi juventud, ¿dónde está?

Te contaré otro secreto:

- 10 El fuego me consume el corazón.  
Dicen que el amor existe,  
¿qué es lo que llaman amor?

Las estrellas me engañaron,  
un sueño yo tenía, que ¡ay! huyó.

- 15 ¿Qué me queda ya en el mundo?  
Nada, nada tengo yo.

Acógeme bajo tu égida,  
sé para mí una madre y una hermana;  
tu regazo sea mi apoyo,

- 20 y nido de mis plegarias.

(*Kol Kitbê*, pág. 41)

*Traducción de David Gonzalo Maeso*

B) *Mizmôrîm û-pizmônôt.*

## 9. AL MAESTRO DE CORO SOBRE LAS DANZAS (\*)

(102: *La-m<sup>e</sup>naşşe<sup>h</sup> al ha-m<sup>e</sup>hólôt*)

Mofim Ofim... ¡repicad tambores!

Malalai, Galalai... ¡una flauta en vuestra boca!

Serrad, arpas, vuestras cuerdas rotas!

Una voz dice: ¡adelante! Un demonio entrará en vuestro  
[padre.*(Canción popular)*

Ni carne, ni pescado, ni leche, ni pan.

Y cuál es la preocupación? La mano sobre el hombro.

Hay un Dios en los Cielos que todo lo puede.

En su honor haremos una fiesta, avivaremos la danza.

5 Y el calor de nuestra alma, el que abrasa nuestro corazón,  
se expandirá hoy en nuestra agitada danza.

Y subirá esta danza entre rayos y truenos

hasta hacer temblar la tierra y estremecerse el cielo.

Mofim, Ofim.....

Ni miel, ni leche, ni gota de vino,

10 solamente una copa de veneno está llena.

No levantes el brazo —con el grito de a “vuestra salud”—  
hasta que todo se consuma, y pendan las piernas.

Pero robusteced y avivad danza,

alegrad vuestro rostro y elevad vuestra voz,

15 para que no sepa vuestro amigo ni vuestro enemigo

todo lo que se mancilla en el interior de vuestro corazón!

Mofim, Ofim....

---

(\*) Lo compuso con ocasión de la transmigración de miles de judíos de las provincias occidentales de Rusia por todo el interior del Imperio a principios de la Guerra Europea. Se caracteriza por su punzante ironía: el poeta invita a una danza de desesperación, una verdadera danza macabra.

Ni camisa, ni zapatos, ni vestido, ni túnica.  
 ¿Qué es ese ruido? Nada malo! mucho vestido —mucho  
 [peso.

- 20 Desnudos y descalzos, ligeros como las águilas,  
 nos elevaremos a lo alto, a lo alto...  
 Volaremos entre torbellinos, caminaremos entre tempes-  
 [tades,  
 sobre aguas de suerte mala y de desgracia.  
 Con zapatos, sin zapatos, no es todo una sola cosa?  
 Así, al final, toda la danza a la fosa!  
 Mofim, Ofim....

- 25 Ni hermano, ni pariente, ni tío, ni primo.  
 ¿Sobre quién te apoyas? ¿A quién tú pides?  
 Agarrémonos juntos, cada uno con su hermano se mezclará.  
 Sé perseverante, que nosotros nos mostraremos perseve-  
 [rantes <sup>1</sup>.

- 30 Y haya una sola mezcla: zapatos, sandalias,  
 cabello gris de las barbas y negro de los bucles.  
 Y girará la rueda sin principio y sin fin,  
 derecha y torcida, hasta que comience una nueva era.  
 Mofim, Ofim....

- Ni heredad, ni techo, ni soporte de viga.  
 Y cuál es la inquietud, y cuál el temor?
- 35 La tierra se ensanchó y sus cuatro puntos cardinales.  
 Y bendito el que ofreció a su pueblo desdansa,  
 y bendito el que nos creó el firmamento y la luz.  
 Su emblema sobre un clavo penda.  
 Y benditas, sobre el resto, todas sus bondades.
- 40 ¡Aleluya con trompetas, Aleluya con danzas!  
 Mofim, Ofim....

Ni pompa, ni fundamento, ni gloria, ni loa  
 ¿Es que han sido tapados todos los canales-Dios me guarde!

<sup>1</sup> 2 Sm. 10<sup>12</sup>.

Nuestro vigilante no se dormirá, no olvidará su obediencia,  
 y nos alimentará como a cuervos y a perros;  
 45 pero nosotros, saltando y cantando,  
 arreglaremos todo lo que hayamos descompuesto en la *Se-*  
[firā<sup>h</sup> <sup>2</sup>.

Y sea esa danza macabra un canto de aflicción  
 como expiación final para todos los culpables.  
 Mofim, Ofim....

Ni sentencia, ni compasión, ni venganza, ni recompensa.  
 50 ¿Y por qué os calláis? Poned boca al mudo.  
 Demos boca al pie, y saltará la chispa de su cólera  
 para contar vuestra opresión a las losas del pavimento.  
 Y sea vuestra danza una danza violenta,  
 que incendie, como la madera, vuestros contornos.  
 55 Y con el furor de la danza y el grito de los cantos,  
 vuestras cabezas serán quebrantadas por las piedras de las  
[paredes.

Mofim, Ofim...! repicad los tambores!  
 Malalai, Galalai...! una flauta en vuestra boca!  
 Serrad, arpas, vuestras cuerdas rotas!  
 Una voz dice: ¡adelante! soplará el espíritu de vuestro padre.

(*Kol Kitbē*, p. 61-62)

*Traducción de Santiago Benavente Robles*

## 10. A LA PUERTA

(122: *Mē-'āḥôrē ha-šá'ar*)

La paloma plañidera,  
 la paloma sin igual,  
 dice así: “—El mar me ha traído  
 en las alas de un navío,  
 5 y a mi país favorito  
 me hizo arribar.

<sup>2</sup> Significa “emanación divina”. Vid. D. Gonzalo Maeso, *Legado del Judaísmo español*, cap. III “Misticismo y Cábala”, p. 77.

¡Oh! decidme, olas marinas,  
peces, que en lo hondo bogáis:  
¿Cómo el umbral pasaría  
10 de mi tierra preferida,  
si mi llave está quebrada  
y la puerta está obstruída?”.

Ni una voz ni un eco se oye,  
y la paloma y un niño  
15 una y otra vez golpean  
de la puerta en el postigo.

(*Kol Kitbê*, pág. 71)

*Traducción de David Gonzalo Maeso*

C) *Širôt.*

## 11. EL ESTUDIANTE TALMUDISTA (\*)

(126: *Ha-matmîd*)

Hay lugares desiertos, fruto de la *Gôlā*<sup>1</sup>  
 donde arde en secreto nuestra vieja antorcha,  
 donde nos dejó Dios como gran rescate  
 una brasa encendida en un montón de cenizas,  
 5 y, como tizones sacados del fuego que allí arde,  
 lánguidas almas, tristes espíritus,  
 que viven sin día y marchitan pronto  
 como hierba que crece en tierra seca.

Si vas solo durante la noche a uno de estos lugares benditos,  
 10 cuando las estrellas brillan en el cielo,  
 la hierba susurra, el viento sopla,  
 oirás de lejos una voz que murmura,  
 verás una luz que brilla en una ventana,  
 y detrás una figura humana, semejante a un espectro,  
 15 que se mueve, que se esconde, que se aleja, y el susurro de  
 [una lectura,

---

(\*) Es uno de los más logrados poemas. En él describe a un estudiante de la *yešibā* que vive día y noche dedicado al estudio del Talmud. Nada tiene *el matmîd* en el mundo fuera de su *Gemārā*. Extraños son para él los placeres de la vida. Vedado le está el encanto de la naturaleza y el amor. Ni siquiera la poesía que encierra la Biblia fue hecha para su gozo. Pero él es un hombre poseedor de un alma. Un hombre idealista, tierno e impresionable, capaz de sacrificarse en aras de la *Tôrā*. En su interior arde el ansia de gloria, el anhelo de libertad y de amor, pero él sofoca todas las exigencias de su joven corazón y se ofrece en holocausto. Y como pincelada de artífice, Bialik transmite el choque de sentimientos dentro del alma colmada de tristeza del *matmîd*, cuya absurda situación es el fruto del modo antinatural de vida del pueblo sin patria y sin tierra bajo sus plantas, un pueblo al que se privó de todos los placeres terrenos y al que de esta manera obligaron a sustentarse tan sólo con el alimento del espíritu.

<sup>1</sup> "Diáspora": palabra que designa la dispersión del pueblo judío por todos los ámbitos de la tierra, sobre todo desde la destrucción de Jerusalén y su templo por Tito (70 d. C.).

que parece surgir de los manantiales del silencio.  
Al que en una de estas cárceles ves  
es un estudiante talmudista, que se detiene en la oscuridad.

En esta casa, entre estas paredes,  
20 seis años pasaron ante él, sin la claridad del día.  
Aquí maduró el niño, aquí se hizo hombre,  
aquí se fatigaron sus ojos y palideció su cara.  
Seis años completos, sin la claridad del día, desde que vol-  
[vió su rostro  
de cara a la pared en el rincón oscuro.

25 Ningún rayo de luz veía ante sí,  
sólo telarañas y cal en las paredes.  
Hambre, insomnio, mortificación, cansancio:  
¿Qué son éstas para que en ellas haya puesto su corazón?  
¿Es que no sabe cómo estudiaban antes?  
30 ¿Es que no sabe que su fin ha de llegar?

Seis años completos —años de juventud—  
como una sombra sin vida se disiparon,  
como si nunca hubieran tocado la prisión  
y nunca rozado el rincón del joven.  
35 Como si todo ser de la amable tierra  
hubiera desaparecido al otro lado de la pared.  
¿Y no se cubre con abrigos en invierno y vestidos en verano?  
¿Se apagó el sol tras la ventana?  
¿No penetró en el interior su brillante resplandor,

40 apresado, para bajar por entre las ramas del roble?  
El permanece solo junto a la ventana de la academia,  
como si no hubiera días soleados, ni noches de luna,  
ni la primavera augurara edenes y placeres.  
Así pasaron —apenas maduró el joven—  
45 seis años igual que una sombra sin vida.

Tanto tiempo trae cosas nuevas,  
mueve incluso las aguas estancadas.

Los discípulos sienten también la alegría de vivir, el gusto  
[por la belleza,

y dos veces al año bailan.

- 50 De esta suerte sus espíritus agitan las paredes.  
Cambian los bancos, cambian los discípulos.  
En las fiestas solemnes muchos regresan a casa;  
otros se dispersan por las aldeas próximas.  
Hay algunos que, escapados de la mirada del vigilante,  
55 les gusta morar en casas hospitalarias,  
donde se respeta a los sabios, donde se honra a los aman-  
[tes de la ley.

Sin embargo, también había expulsados,

que a su casa volvieron por tristes caminos:

- uno, que lo habían sorprendido jugando a las cartas;  
60 otro, que charlaba por las noches con muchachas;  
un tercero, por ofrecer incienso en sábado en un lugar pú-  
[blico;

un cuarto, por mantener en secreto el *Morê<sup>h</sup> n<sup>c</sup>bûkim*<sup>2</sup>

un quinto, sin que nadie supiera el motivo.

También había quien fue elegido novio,

- 65 y casó con una obesa muchacha del pueblo,  
y de los *p<sup>er</sup>úsîm*<sup>3</sup>, alguno, ya liberado,  
es un importante rabino en una honorable ciudad.  
Sólo uno sigue tan fijo como un clavo,  
las cosas, los años pasan por él,  
70 y sólo le rodea el muro de hierro,  
el oscuro rincón, y los temidos pergaminos.

Desde que compró su lugar en el rincón,

ningún *pārús* le ha visto entrar ni salir;

ni siquiera el criado sabe la hora

- 75 en que vuelve a su casa.  
Sólo el alba, la luz y la noche conocen sus citas;  
tampoco los rayos del sol saben sus pasos, y nunca le que-  
[maron.

<sup>2</sup> "Guía de los perplejos", de Maimónides.

<sup>3</sup> Los que abandonan su familia para dedicarse plenamente al estudio del Talmud.

- Por la mañana temprano, antes de que se conozca  
 “entre el azul y el blanco, entre el lobo y el perro”<sup>4</sup>
- 80 la oscuridad dé paso, lentamente, a un nuevo día,  
 los habitantes de la ciudad despierten de su sueño,  
 y el canto del gallo altere su descanso,  
 antes de que se levanten los de las primeras vigili-  
 as se fortalece como un león para el culto al Creador<sup>5</sup>;
- 85 tiempo en que toda criatura reposa en silencio y espera  
 el momento de surgir y despertar a una vida nueva,  
 como si estuviera soñando su último sueño, como si retu-  
 [viera
- al abrigo de sus alas secretos y misterios,  
 velándose el rostro con maravilloso silencio,
- 90 contenida la emoción entre los pliegues de su manto—  
 entonces se despereza el joven de su corto sueño,  
 se viste deprisa en la oscuridad y corre a su rincón,  
 dirige sus pasos por la vereda del jardincito,  
 donde toma el camino de la academia.
- 95 Sólo el oído del viento los oye,  
 y el ojo de las estrellas espía su costumbre.  
 Después, alguien se le acerca saltando como un diablillo:  
 es el viento, que, desencadenándose desde la bóveda celeste,  
 le susurra dulces palabras, le revuelve sus bucles,
- 100 le seduce en secreto, le murmura naderías.  
 Los párpados fatigados y pegados del muchacho  
 imploran clemencia: ¡Hermano, ten compasión de nosotros!  
 Tus negros ojos —bajo nosotros— se moverán  
 cansados, agotados por tu culpa.
- 105 Tú, que durante los largos días del verano nos fatigabas  
 e, incluso, de noche —estamos cansados, hermano!  
 Vuelve, duerme, descansa, y descansaremos también no-  
 [sotros,

<sup>4</sup> Símbolo talmudista para la entrada de la mañana y para anunciar la hora de la oración matinal.

<sup>5</sup> Verso tomado literalmente, a falta de dos palabras, del primero de los “preceptos para el momento de levantarse por la mañana”, según puede verse en el *Sálhân ‘Arúk* o Código Rabínico, de José Caro.

aún no has dormido bastante.

110 Pero de repente, pasa el joven sus flacas manos  
por los párpados pegados,  
como si ahuyentara pensamientos—, y el eco de sus rápi-  
[dos pasos  
lo escucharán las calles vacías.

Luego, baja el viento a la hierba del jardín,  
y, con voz tenue, le susurra en secreto:

115 “Mira, dulce joven, cómo mi verde lecho  
se deleita mientras tu pulmón languidece”.  
“También nosotros dormimos” dicen, en sueños,  
tallos y hojas desde los cuatro puntos cardinales.  
También las estrellas guiñan desde las alturas:

120 “Nosotras descansamos con los ojos abiertos”.  
La fragancia de la hierba le llega con embriaguez,  
y una ráfaga de viento cae sobre su boca  
y ventila su pecho y su garganta.

El joven respira y agranda la longitud de su camisa,  
125 y, como el que arranca y voltea piedras,  
todo su interior solicita descanso.

Después, tiende al viento su mano inerte para pedirle:  
“Llévame, viento, llévame!”

Volemos de aquí a donde encontremos reposo.

130 Qué estrecho se me hace el lugar, <sup>6</sup> qué cansado estoy!  
Pero un golpe en la valla del jardín  
le recuerda al joven que abandone su ruta,  
le recuerda su deber, le recuerda su rincón,  
y él huye de la tentación, y se dirige a la academia.

135 En la academia vacía reina sagrado silencio.  
El joven rompe este silencio,  
pues allí, en el rincón, le esperan tres compañeros,  
familiarizados con él desde su llegada:  
una luz encendida, un estante, y un libro de estudio.

<sup>6</sup> Is. 49<sup>20</sup>.

- 140 Como si se arrepintiera de los minutos perdidos,  
corre hacia ellos y empieza a estudiar.  
Y permanece fijo, fijo como un clavo,  
el día entero, no abandonando su sitio hasta la media noche,  
allí comerá pan negro para saciar su hambre,
- 145 ¿Qué es un diamante, qué es un guijarro,  
comparado con un joven que se ocupa de la Torá?

Así habló *Rabbā'*<sup>7</sup> y reiteraron los sabios:  
la mañana, el jardín, la fragancia del campo,  
volaron como un pájaro, se esfumaron como una nube,  
150 la tierra y su plenitud está olvidada, ha perecido.  
La terra y su plenitud está aquí en el rincón.  
El sol brilla como un rubí,  
y pleno de fuerzas el joven se inquieta,  
y sus ojos relucen como dos brasas...

(*Kol Kitbē*, págs. 73-78)

*Traducción de Santiago Benavente Robles*

## 12. EL ESTANQUE \* (fragmento)

(130: *Ha-b'erekā'*)

Conozco un bosque con un sumiso estanque.  
En una espesa selva apartado del mundo,  
a la sombra de un roble, bendecido por la luz, habituado a  
[la tempestad,

<sup>7</sup> *Rabbā'* bar Nahmani (270-330), conocido simplemente por *Rabbā'*, perteneció a la tercera generación de doctores que elaboraron el Talmud babilónico.

(\*) Es la coronación de sus poemas naturistas, en el que el poder de descripción y el sentido de la belleza llegan a su punto culminante. Está dividido en dos partes. La primera es un retrato de cuatro fases del estanque bajo diferentes condiciones naturales: la mañana, la noche de luna llena, un día de tempestad, y aurora. Cada una de estas secciones es una joya de belleza natural, pues no sólo es retratado el estanque sino también el bosque que lo rodea. El uso de las imágenes es soberbio y la descripción muy detallada, sobre todo la de la tormenta.

- sueña en soledad cosas fantásticas  
 5 y guarda en secreto pececitos de oro,  
 pero nadie sabe lo que su interior encierra.

- Por la mañana,  
 cuando el sol lava las guedejas del majestuoso bosque  
 y un mar de resplandor se esparce por sus bucles,  
 10 él, inmutable, sobrecogido por el hechizo dorado,  
 se encuentra como Sansón en las manos de Dalila.  
 Con la misma sonrisa y semblante de quien está preso  
 en su propia red, acepta con amor su cautiverio,  
 y sólo eleva su cabeza coronada ante el poderoso sol  
 15 para decirle: “anégame, enrédame, aprésame  
 o haz conmigo lo que te plazca”.

- A esta hora, el estanque —alcanzado o no por un rayo de  
 [sol—  
 se cubrirá con la sombra de su protector, el dueño de [las  
 [ramas,  
 y sus aguas, como una nodriza secreta, alimentarán sus  
 [raíces;  
 20 como si se alegrara en su silencioso destino  
 de ser espejo del poderoso bosque.  
 Y quién sabe, quizá sueñe en secreto  
 ser no sólo su imagen y retoño,  
 sino todo lo que crezca en su interior.

- 25 En las noches de luna,  
 sobre el bosque pende un denso misterio,  
 luz oculta fluye entre sus ramas,  
 baja a hurtadillas por los troncos,  
 y teje de plata y azul  
 30 un maravilloso recamado.  
 Callados están todos los árboles!

---

La segunda parte está dedicada a las reflexiones del poeta, el cual, sentado en el borde del estanque, está afectado por dos mundos: el uno arriba, y el otro reflejado en las aguas de cristal del lago. En el lenguaje sordo de la naturaleza el estanque me habló, concluye el poeta. Exquisito estilo con un peculiar encanto oriental.

- Cada uno proyecta con sus hojas sombra sobre sí mismo,  
y medita los pensamientos de su interior.  
Sobre el bosque pesa el secreto de un poderoso reino oriental  
35 como si allí, sobre un lecho de oro tapado con fino velo,  
durmiese una hermosa y casta princesa,  
desde hace tiempo encantada.  
El, el bosque, ha sido el encargado de proteger su respira-  
[ción  
y de guardar el secreto de su virginidad,  
40 hasta que venga un príncipe que la rescate.  
A esta hora, el estanque —alcanzado o no por un débil ra-  
yo plateado—  
se cubrirá con la sombra de su protector, el dueño de las  
[ramas,  
y quedará en calma,  
como si la silenciosa majestad del bosque  
45 quisiera duplicarse en el espejo de sus tranquilas aguas.  
Y quién sabe, quizá sueñe en secreto  
que en vano ha de vagar el príncipe  
por bosques, desiertos, e incluso por el fondo del mar  
hasta encontrar a la princesa perdida—  
50 y quede roto su hechizo.  
Pero ella, ¿no está oculta en sus profundidades,  
en el interior del estanque dormilón?...

- En un día de tempestad,  
a la altura del bosque se encuentra un cúmulo de nubes,  
55 que se aproxima cada vez más a su interior;  
pero de repente, se detiene, domina su ira,  
y, entrevelado, un trueno retumba.  
De nube en nube vienen mensajeros de mal agüero,  
que envían relámpagos al grito de:  
60 “Estad preparados”.  
Y antes de que se sepa de dónde viene el enemigo,  
ni quién es,  
ya está el bosque dispuesto  
para el castigo del mundo.  
65 De pronto, un chispazo, un relámpago, el bosque palidece,

- el mundo se agita.  
 ¡Golpe, golpe! el trueno retumba, el bosque tiembla  
 y se estremece.  
 Y unas sesenta miríadas de violentos espíritus <sup>1</sup>
- 70 se lanzan sobre los robles gritando salvajemente,  
 desgredando sus melenas,  
 agitando y golpeando su cabeza.  
 Luego, un trueno; otro trueno!
- 75 Y en medio de la tempestad, el murmullo del bosque,  
 el amplio estruendo, el grave bramido,  
 como un torrente lejano de abundantes aguas,  
 que dice ruido, ruido, ruido...  
 En esta hora de pánico, el estanque,  
 cercado por un muro de gigantes del bosque,
- 80 oculta más profundamente sus pececitos de oro,  
 y, como el lactante que en una noche de tormenta,  
 cerrados sus ojos bajo el seno materno,  
 con cada fulgor de relámpago parpadea y se estremece,  
 así, desfigurado su aspecto, turbias sus aguas,
- 85 se cubrirá con la sombra de su protector, el dueño de las  
 [ramas,  
 y temblará, temblará...  
 Y quién sabe,  
 tal vez pierda el ánimo ante la majestad del bosque,  
 ante el ensortijado salvaje de tantas hojas,
- 90 o tenga miedo por su eterna hermosura,  
 espejada de sueños e imágenes,  
 que de pronto un fuerte viento atravesó y desconcertó.  
 Y su espléndida imagen, amorosamente cuidada,  
 con la que soñó día y noche,
- 95 la entrega en un momento de cólera al aniquilamiento..

(*Kol Kitbé*, págs. 85-87)

*Traducción de Santiago Benavente Robles*

<sup>1</sup> Cf. Ex 12<sup>37</sup>.

13. EL ROLLO DEL FUEGO \* (fragmento)  
(131: *M<sup>e</sup>gil.lát hā-'ēš*)

Cada noche hierven los mares, y se extienden lenguas de fuego por el Monte Moria. Estrellas se alejan de los cielos asados, y se inclinan refulgentes a la tierra. ¿Acaso Dios ha pateado en su trono y ha dispersado en trozos su corona?

Jirones de nubes teñidos de rojo, empapados de sangre y de fuego, andan errantes por la inmensidad de la noche. Y cantan los montes lejanos de la indignación y el rencor de Dios, y su cólera las rocas del desierto. ¿Acaso Dios ha desgarrado la púrpura y ha dispersado sus jirones al viento?

El terror de Dios existe en los montes lejanos, y su congoja prende a las rocas del desierto que, malhumoradas, gritan: Yahvé, Dios de rencor, hazte visible!

Y he aquí que El, sosegado y majestuoso, en la plenitud de su gloria, aparece sentado sobre un trono de fuego en el corazón del mar en llamas. Su manto está flameado de púrpura, y el escabel de sus pies lo componen carbones encendidos. Lo coronan galopadas de fuego, y una danza violenta se enciende a su alrededor. Sobre su cabeza brilla una llama. Y El, sosegado y majestuoso, permanece sentado con los brazos colocados sobre su corazón. Ensancha las llamas con la mirada de sus ojos, y amontona las ho-

---

(\*) Este poema histórico narrativo está basado en algunas leyendas de la destrucción del Segundo Templo. Su propósito es expresar en forma simbólica y poética el conflicto de la historia judía durante el exilio. Consta de dos partes diferentes. La primera está dedicada a la tragedia del pueblo como un todo; la segunda a la del individuo. La única rejación existente entre ellas es la identidad del héroe, cuyo hado patético se canta en ambas.

El poema comienza con un prólogo que cuenta la tristeza en el cielo por la destrucción del templo y la profunda e inexpressable pena de Dios mismo por la tragedia. El templo yace entre cenizas y ruinas, y en medio de su altar se divisa un resplandor: es un ángel a las órdenes de Dios que lo confía a la estrella matutina para que lo guarde.

gueras con el movimiento de sus párpados. Dad a Yahvé una danza ardiente.

Y cuando brilló la aurora sobre los montes, nubes blancas se extendieron por los valles, se sosegaron los mares, se repartieron las lenguas de fuego del templo incendiado de Yahvé por el Monte Moria.

Los ángeles del ministerio se congregaron, según su costumbre, en asambleas de santidad para rezar *šaharīt*<sup>1</sup>, y, abiertas las ventanas del firmamento, elevaron su cabeza por encima del Monte Moria para ver si es que se habían abierto las puertas del templo y subía el humo de una nube de incienso.

Vieron de pronto a Yahvé, Dios de los ejércitos, envejecido, sentado con la aurora sobre las llamas. De su manto salían columnas de humo y del escabel de sus pies polvo y ceniza. Su cabeza descoyuntada entre sus brazos, y montañas de tristeza sobre ella. Estaba callado y atónito contemplando las ruinas. La ira de todo el universo ensombrecía sus párpados, y en sus ojos se condensaba una gran tristeza...

(*Kol Kitbé*, p. 88)

*Traducción de Santiago Benavente Robles*

---

<sup>1</sup> Así se denomina el rezo litúrgico de la mañana.

G) *Dibré 'aggādā*<sup>b</sup>.

#### 14. DAVID, DELICIOSO CANTOR

(173: *Dāwīd, n<sup>c</sup>īm z<sup>e</sup>mīrôt*)

Tenía el rey David un arpa colgada de su cama, frente a las ventanas. Y cuando llegaba la media noche, una ligera brisa boreal soplabla contra sus cuerdas, que se movían misteriosamente, y tocaba el arpa por sí sola. \* Entonces, se levantaba David y desahogaba su corazón en cánticos y Salmos. Su plegaria subía hasta Dios junto con el canto de las estrellas, hasta la llegada del alba, momento en que acudían los ancianos del pueblo y sus intendentes para presentarle sus múltiples necesidades. Y al salir el sol, David se colocaba a la cabeza de su ejército, arrogante y terrible, como un león ante sus cachorros, y sus tropas se alegraban de salir para el combate.

Y fueron los días de David para la victoria y la guerra, y sus noches para el canto y el Salmo. Así fue siempre su conducta. Pero un día en que salió David muy contento a pasear por el campo recordó los innumerables cánticos que entonaba, y elevó su corazón, diciendo:

—Señor, ¿hay una criatura en la tierra que cante ante Ti como lo hago yo?

No había acabado de hablar, cuando una rana saltó del borde de un cercano estanque, y alzó su voz, diciendo:

—No eleves tu corazón, David! Mis cantos son más potentes que los cantos de tu boca.

(*Kol Kitbê*, págs. 289-290)

*Traducción de Santiago Benavente Robles*

---

\* Analogía con el arpa eólica.

15. MUERTE DE DAVID  
(174: *Môt Dāwīd*)

Setenta años tenía el rey David cuando murió. Un ángel de muerte bajó con orden de Dios para tomar su alma y le encontró sentado en la casa de los cedros entonando cánticos a Dios porque era sábado, día que le dedicaba por entero, desde la mañana hasta la noche. Y no pudo aproximársele el ángel, porque el canto a Dios es como escudo para los mortales. Pero éste, valiéndose de la astucia, fue al jardín que había detrás de la casa y sacudió sus árboles. David, sin dejar de cantar, salió para ver qué era aquel ruido; subió por las escaleras del jardín, pero he aquí que de repente éstas se derrumbaron bajo él, y su canto cesó un momento, dominándole el ángel de muerte”, por lo que David cayó a los arriates del jardín, de cara a los cielos.

Un instante después brilló el rostro del rey con el mismo resplandor de sus mansiones por la claridad del sol poniente con la salida del sábado, y tuvo una belleza eterna. Pero, cuando dio el sol en su boca el último beso, los labios del delicioso cantor enmudecieron para siempre, en medio de los arriates de plantas aromáticas.

El rey David murió, pero su espíritu aún permanece en medio de su pueblo, y sus cantos no se apartan de labios de todo el que vive sediento de Dios sobre la tierra, porque el espíritu del Omnipotente los reanima.

Y cada sábado, cuando declinan las sombras del día, y el soplo del crepúsculo se mueve entre las ramas, y los devotos se retiran a las casas de oración y a los santuarios, todo el que está triste y afligido desahoga su pena y apatía delante de Dios con las oraciones de David, hijo de Isaí, y vive el piadoso rey, melodioso cantor de Israel, en el ánimo de todos.

Y el sábado por la tarde, cuando la gente vuelve de comer, de acompañar a la reina sábado-era la comida santa en recuerdo del rey David, era la comida del rey David el ungido hasta el día de hoy.

Por eso se dice en Israel: David, rey de Israel, vive y está presente.

(*Kol Kitbê*, p. 290)

*Traducción de Santiago Benavente Robles*

## 16. DOS OBREROS QUE DEMOLIERON PARA VER UNA CUEVA

(175 *Š'ne ha-pô'alîm 'ašer hārsû lir'ôt ba-m'e'ārā'*)

Las gentes de Jerusalén al volver del cautiverio contaron acerca de las tumbas de los reyes de la casa de David cosas como éstas:

Después de la Diáspora nadie sabía dónde se encontraban las tumbas de los reyes, porque con la destrucción se olvidó el lugar del emplazamiento y murió todo recuerdo con él.

Y sucedió que al cabo de algún tiempo vino el gran sacerdote de los pueblos dominadores a Jerusalén para construir allí una casa de oración. Contrató obreros, y les mandó construir la casa con piedras de las ruinas que había en el monte Sión, la ciudad de David y lugar de las tumbas de los reyes de esta estirpe en otro tiempo. Fueron hasta allí dos de los obreros para arrancar las piedras, y, al levantar una de gran tamaño, vieron la boca de una cueva bajo ella. Y se dijeron entre sí: bajemos a la cueva y exploremos en ella, tal vez encontremos un tesoro. Así lo hicieron; bajaron a la boca de la cueva, y anduvieron por la cavidad subterránea hasta llegar a un palacio. Dicho palacio estaba construido sobre columnas de mármol, recubiertas de oro y plata. En él había una mesa de oro y, sobre ella, un cetro y una corona del mismo metal; armarios de piedra cerrados, puestos uno a continuación de otro, que contenían los cuerpos de los reyes de Judá, cada uno el de un rey. Y demolieron los dos obreros para penetrar en el interior del palacio, y se desencadenó de repente un viento huracanado, que los lanzó desde la puerta del palacio al exterior, y cayeron a tierra como muer-

tos, hasta el atardecer. Así estaban, cuando de repente una voz sonó en sus oídos.

—Levantaos, salid del lugar, no sea que perezcáis.

Se esforzaron en levantarse, y salieron a toda prisa de la cueva para contar el suceso al sacerdote.

Había en Jerusalén un judío piadoso de los abatidos de Sión, llamado R. Abraham, que mandó llamar al sacerdote y le preguntó la interpretación de la visión que vieron los obreros en la cueva.

Y dijo el piadoso:

—Esto no es otra cosa que las tumbas de los reyes de la casa de David, y no es bueno a los ojos de Dios que extraños a ellas la destruyan.

Y mandó el sacerdote que volviesen la piedra hacia la boca de la cueva y la tapasen, y no dejasen en ella nada más que un orificio, y ocultasen de la mirada de la gente todo lo que había en la cueva, hasta el día de hoy.

(*Kol Kitbê*, p. 290)

*Traducción de Santiago Benavente Robles*

H) *Quijote* (trad. de Bialik).

## 17. CAPÍTULO 1.º. QUIEN ERA, Y DE QUE CONDICION DON QUIJOTE DE LA MANCHA

En una pequeña ciudad de la región de La Mancha, hubo un hombre llamado Quijada, de noble estirpe, de los de lanza arcaica y vetusta adarga, jaca de rodillas vacilantes y galgo ceñido de lomos.

Frisaba con los cincuenta años de edad, y era de estatura elevada y enjuto de carnes. No tenía mujer ni hijos. Vivía en su pequeña heredad, en compañía de tres personas: una mujer que administraba la casa, de unos cuarenta años; una joven huérfana recogida de fuera, parienta de él, que bordeaba los veinte; y un viejo criado, que hacía todas las faenas en la casa y en el campo.

Quijada poveía parcamente al sustento de su casa con el fruto de su heredad. Tenía pan para comer y traje para vestir. A diario madrugaba Quijada y salía al campo de cacería.

Todo el tiempo libre lo dedicaba a la lectura y meditación de los libros. Se pasaba todos los días enfrascado en libros de ficción y se acrecentó su afición a las novelas de aventuras compuestas por los escritores de aquella época, referentes a las andanzas de los caballeros andantes y a sus hazañas de antaño.

Por su simplicidad, Quijada dio crédito a todas las historias maravillosas —pura ficción de escritores—, se fue tras ellas su corazón, y apegóse su alma a ellas sin reserva.

Por culpa de la lectura, descuidó su hacienda y llegó incluso a olvidarse de la caza, su ocupación favorita. Ya nada le interesaba como no fueran los libros y sus fantasías.

Fue vendiendo su heredad por partes, y con el dinero de la venta, acrecentó sus libros, y cada día se apasionaba más por ellos. Ni aun por la noche descansaba su corazón, pues engolfado en las hazañas de los héroes, envidiaba sus proezas, anhelaba ser como ellos, emularles en la grandeza y fortaleza de ánimo, en la gloria del triunfo y de un nombre eterno, y en el don de saber decir las cosas sublimes con brillante elocuencia.

De tal modo creció su locura por esta clase de libros y por sus engaños, que descarriaron su corazón y perturbaron su inteligencia. Ejercitó su lengua en ser prolijo en la conversación y hablar con empaque, como uno de los gloriosos caballeros imaginarios, y, finalmente, arraigó en su corazón el pensamiento de convertirse él mismo en un "caballero andante", pródigo en acciones, grande por sus obras, que recorriera la tierra en toda su longitud y latitud, sostuviese batallas, realizase proezas y llevase a cabo nuevamente grandes actos de liberación.

Lucharía con los gigantes y los vencería, y sometería a los titanes bajo sus plantas, exterminaría a todos los arrogantes, destruiría todas las iniquidades bajo el firmamento. Maravillas como éstas y otras por el estilo iniciaría su diestra y forjaría para él un nombre eterno, imperecedero. El nombre de Quijada sería orgullo y esplendor de su tierra y alabanza para su ciudad natal.

Quién sabe si con su valor, lograría llegar a ser grande y convertirse en un rey poderoso de una tierra maravillosa y pueblos fuertes se le someterían. En aquel día, Quijada, con su brazo poderoso y su diestra justiciera, arreglaría el mundo entero según su voluntad e implantaría una justicia recta en la tierra, y la equidad tendría su trono. A veces se exaltaba su corazón y exclamaba: "Yo realizaré hazañas superiores a las de todos los caballeros de la tierra, y seré como "Ariel"<sup>1</sup> y como el héroe de los héroes, y dejaré mi nombre como objeto de bendición en medio de la tierra y mi recuerdo perdurará de generación en generación".

Un buen día se dispuso Quijada a realizar su proyecto. Sacó su vieja armadura de donde estaba, le quitó la herrumbre y la brillantó y pulimentó hasta dejarla como el relámpago.

Observó que a su celada le faltaba la gola y la reparó con unos cartones gruesos, tarea en la que invirtió toda una semana. Terminada la reparación, pensó en probar si estaba fuerte y le asestó una lanzada y la hizo afícos en un momento, viéndose así frustrado todo su esfuerzo. Soportó Quijada con buen ánimo la contrariedad y volvió a reparar las fisuras de su celada

---

<sup>1</sup> Lit. "León de Dios", león fuerte, héroe.

con unos alambres, confiando esta vez en que resistiría, pero desistió de efectuar una nueva prueba.

Luego se dirigió a la cuadra y se fijó detenidamente en el montón de huesos, que eso era su viejo y flaco caballo; pero le agradó mucho y exclamó:

—Mi caballo es el mejor del mundo. No hay otro que le iguale en belleza y fortaleza. Lo prefiero a Bucéfalo. ¿No es éste el famoso caballo de Alejandro de Macedonia? No me resta ahora sino buscarle un nombre conveniente y apropiado que corresponda a su dignidad.

Fatigóse durante cuatro días y cuatro noches, buscando y rebuscando, y, por fin, halló un nombre adecuado y expresivo para su caballo: nombre agradable al oído: *Rocinante* (caballo antes), un caballo —añadió Quijada—, que al igual que a su dueño, le cupo una misma suerte: nuestro comienzo común fue pequeño, pobre; pero, tal vez, nuestro final sea extraordinario. Yo, oriundo de pequeños hidalgos, he ido a más y me he convertido en un famoso héroe, conocido en las asambleas; él, que ayer era solamente rocín, ahora se ha transformado en un caballo de héroes.

Entonces empezó a cavilar sobre el nombre que se impondría a sí mismo. Examinó con atención todos los nombres de los grandes caballeros de la tierra desde el principio de los tiempos, y al cabo de muchos días halló un nombre que nunca jamás había existido: *Don Quijote*. Pues se dijo:

—Que no confundan mi nombre con el de otro caballero que no haya sido tan grande en proezas como yo.

Un pensamiento se adueñó del corazón de Quijada: el célebre caballero Amadís, héroe a quien él prefería sobre todos los famosos caballeros, era llamado en los libros por el nombre de su tierra, Galia; también con el sobrenombre, o sea *Amadís de Gaula*.

Quijada, pues, por su parte, se añadió también un sobrenombre: *Don Quijote de la Mancha*.

—Daré, dijo, esta prueba de benevolencia y lealtad a mi tierra natal, la Mancha, haciéndola partícipe de mi gloria, acrisolando su nombre con mi nombre, y ella perpetuará esta merced en mil generaciones.

Halló Don Quijote escrito también en los libros, que todos los caballeros del mundo solían elegir a una dama muy bella, entre las de su tierra, y todo caballero miraba a la elegida de su corazón como se mira a una hija del Altísimo; a ella rendía homenaje, hacia ella alzaba su espíritu, y a su nombre y su memoria dedicaba toda la fuerza de sus contiendas y el fruto de sus victorias.

Después pensó Don Quijote en su interior:

—Mañana yo salgo en busca de grandes aventuras por el mundo, y cuando hiera a algún gigante o algún zángano y lo derribe, vendría de perlas tuviera yo entonces en algún lugar de la tierra una bella elegida de mi corazón, ante quien yo pudiera enviar a mi contrincante humillado en mi presencia, y personándose éste, se postrara delante de ella, de rodillas, y con voz suplicante dijera: “Por favor, noble señora, que vuestro siervo profiera una palabra en vuestros oídos. Yo soy el gigante Caraculiambro, señor de la isla Malindrania a quien venció, poco ha, el más grande de los caballeros —loado sea— D. Quijote de la Mancha, y, ahora, he sido enviado por orden de mi señor para comparecer ante la luz de vuestro rostro; haced conmigo como bien os plazca”.

Salió, pues, D. Quijote y anduvo en busca durante muchos días hasta que encontró la bella de su corazón a quien elevar su espíritu y en todas sus hazañas.

Esta afortunada, que nada sabía de cuanto bueno pensaba sobre ella nuestro gran caballero, era hija de un labrador que vivía en una aldea próxima a la ciudad natal de Don Quijote, y llamábase Aldonza Lorenzo.

Hay quienes aseguran que Don Quijote la había amado en otros tiempos, sin que la joven se enterara, y por ello puso de nuevo sus ojos en ella y la eligió para ser dueña de su corazón y hechizo de su alma. Le puso por nombre *Dulcinea del Toboso*, conforme al nombre de la aldea de su nacimiento. Este nombre era grato al oído de Don Quijote, como el suyo propio y el de su caballo, y le parecía como el nombre de la hija de un rey o de algún príncipe de la tierra, de lo cual se alegró mucho el corazón de D. Quijote.

*Traducción de Juan Pérez Rodríguez*

## 18. CAPITULO 5.º ABNEGACION Y SU RECOMPENSA

Atravesó Don Quijote una parcela de terreno, alzó los ojos y vio un gran tropel de gente que venía en dirección contraria, camino de Toledo a Murcia para llevar seda. Componían la caravana seis mercaderes que portaban quitasoles en sus manos, y con ellos cuatro criados montados en mulos como acompañantes, y tres mozos de mulas a pie.

Al verlos Don Quijote, pensando que fuesen caballeros andantes, se armó de valor y se colocó en la encrucijada del camino. Enristró la lanza con su diestra, se cubrió el pecho con la adarga, y se detuvo, dispuesto para el combate.

Apenas se acercaron aquellos hombres, les increpó Don Quijote a grandes voces:

—¡Ea! ¡Ténganse y deténganse todos, por mi cabeza, que nadie se moverá de aquí si no confiesa por su boca que no hay en toda la tierra doncella más hermosa que Dulcinea del Toboso, reina de la Mancha.

Comprendieron los mercaderes que estaban ante un loco, y uno de ellos quiso burlarse de él y dijo:

—Señor caballero, ¿cómo podemos dar testimonio sobre su dama, si jamás la hemos visto? Mostrádnosla para que veamos su rostro, y así creeremos en vuestra palabra y daremos fe sin apremio.

Montó en cólera Don Quijote y dijo:

—¿Creéis justo semejante testimonio? No tal, sino que por fuerza creeréis, y por fuerza reconoceréis y testimoniaréis incluso sin verla. Salid sin demora, bellacos y testarudos, que vais a veros las caras conmigo, ora uno a uno, como piden la ley y estatutos de los caballeros andantes, ora todos juntos, según costumbre de los de vuestra ralea.

—Por favor, señor caballero —insistió con aire suplicante el mercader— ¿por qué queréis cargar las conciencias de vuestros siervos, los príncipes aquí presentes, confesando una cosa que no hemos visto, y más siendo semejante testimonio tan en perjuicio de todas las princesas de la tierra? Si no está con vos la dama, ¿por qué no nos mostráis, si os place, su retrato,

aunque sea tan pequeño como un grano de trigo? Confie vuesa merced que, aunque sea tierna de un ojo y el otro le mane bermellón y azufre, con todo eso, no dejaremos de testimoniar todo lo que queráis.

—Calla, infame y blasfemo, gritó Don Quijote encendido en cólera, no le mana nada de eso que dices, ¡no le mana!, sino mirra y ámbar manan sus ojos, y es alta como un copudo abeto <sup>1</sup>, mi dama es toda ella hermosa y sin tacha <sup>2</sup>. Aquí me tenéis, mentecatos, presto a vengar la grave injuria que hoy habéis inferido a la figura de la más noble de las mujeres, la alegría de mi corazón.

Y diciendo esto, levantó su lanza con fuerza contra el que con él hablaba y se lanzó sobre él con desatada furia. A punto estaba el insolente mercader de verse en lo peor, cuando, de pronto, tropezó Rocinante y cayó a tierra, quedando desmontado Don Quijote y tendido en tierra cuan largo era. Intentó levantarse y no pudo porque le pesaba su vieja y férrea armadura. Y rodó por el suelo de un lado para otro, y se contorsionaba en sus manos y pies sin fuerza, y rodando no cesaba de quejarse y gritar:

—¡Ah! cobardes deteneos, no huyáis, bellacos. Si me he caído, no ha sido culpa mía, sino de mi rocín.

Uno de los criados, aunque no era hombre irascible, no pudo dominarse, y arrebató de manos de Don Quijote la lanza y se la rompió; y, como si los trozos fueran zurriagos en su mano, propinó con ellos una gran paliza al desgraciado y molió su cuerpo como los que sacuden el trigo. No le valieron esta vez mallas ni corazas a Don Quijote en su desgracia, ni le salvaron de la lesión de sus miembros, pues el criado descargó toda su cólera en Don Quijote y siguió golpeándole sin piedad, y repitió una y otra vez hasta que se cansó su mano y se calmó su espíritu. Pero Don Quijote no se dio cuenta de su cólera ni de que estaba postrado en tierra y una lluvia de palos cayó sobre él, y no cesaba de insultarlos llamándolos “malandrines”, y los

---

<sup>1</sup> Os 14<sup>o</sup>.

<sup>2</sup> Cnt 4<sup>o</sup>.

maldecía y amenazaba poniendo por testigo al cielo, la tierra y todo su cortejo <sup>3</sup>.

Prosiguieron los mercaderes su camino, y Don Quijote se quedó en pleno campo, hincado en tierra como piedra inmóvil, pues si no podía levantarse cuando estaba sano y bueno, ¿cómo podría molido, abatido y casi deshecho? Pero aun así, consolábase en su interior diciendo: "Todo esto suele suceder a los caballeros andantes en sus caminatas, pero a mí, sólo me ha sobrevenido esta desgracia por la caída de mi rocín".

*Traducción de Santiago Benavente Robles*

---

<sup>3</sup> Gn 2<sup>1</sup>.